

dar en ella aquellas siete augustas iglesias; hecha ya ha muchos siglos el pais de la heregia y el cisma: dominada la Africa del mahometismo: infestada la Europa en los mas de sus reynos del error é impiedad: allí veriais salir desde el tiempo de los apóstoles del seno mismo de la religion ingratos hijos que la destrozan, formarse en ella misma cismas que la dividen, nacer de su regazo errores que la persiguen: ó señores, hemos visto la dominacion desolante de asiento en el lugar sagrado y suceder á la idolatría que dominaba antes de Jesucristo la heregia funesta tremolando sus negros estandartes en el universo. Pero si alguna vez habeis fatigado vuestros ojos con la vista de un mapa tan melancólico, que yo no tengo lugar de delinearos: descansadlos, recreadlos, volviéndolos á la América. Mirad la herencia destinada á María, el lugar de sus conquistas y domicilio, la desierta region á donde como muger fuerte voló para domar la cerviz orgullosa del dragon de la heregia, trono donde descansa la madre de Dios, para mostrar, como ella misma dijo á Juan Diego, su amor y clemencia ácia los naturales::: Miradla, digo; entre todas las naciones del mundo puede gloriarse justamente de no haber abrigado en sí

el monstruo abominable del error. Despues de dos siglos y medio ¿qué heregia ¡ah! no digo nacido en ella, pero ni aun contagiádola? ¿qué error la ha manchado? ¿qué cisma ha dividido sus iglesias? Ni como habia de fomentar estas pestes la herencia destinada á la que en todo el mundo ha triunfado gloriosamente de ellas. Desaparezcan ya de nuestros ojos aquellas horrosas pinturas con que suele representársenos la nacion de los indios sujeta aun á la idolatría, á pesar de las exteriores apariencias de religion. Despues que sábias plumas han desagraviado no tanto á ellos, quanto á María de Guadalupe de esta calumnia ¿qué podría yo deciros sino que sus supersticiones son muchas veces excesos en que se desliza una piedad poco ilustrada, comunes aun á las naciones mas cultas y menos sospechosas en su fé; que si lloramos aun en ellos algunos errores, son mas que de impiedad, efectos de ignorancia, y que todo lo desmiente su humilde devocion á María de Guadalupe; mas ¿cómo podré disimular el vivo dolor de que nos penetran aquellas naciones aun infieles entre los indios que cada dia horrorizan nuestros oidos con las noticias de su irreligion y crueldad! Pero sino ha llegado, señores,

el tiempo que destina Dios en sus inescrutables consejos para su reduccion, quizá el Señor ha querido dejar este infelice resto de la impiedad para que en solicitud de su conversion resplandezca el católico celo de nuestro soberano, se egercite el glorioso trabajo de los ministros, y para que avista de las dificultades que se pulsan en reducirlas, conozcamos cuan difícil, cuan árdua, cuan llena de tropiezos fué en nuestros países la propagacion del evangelio que, por medios hasta entonces nunca vistos, egecutó María Señora como nuevo apóstol en su imágen de Guadalupe. Y ¡oh! quiera el cielo que en el augusto reynado del tercer Carlos veamos llevar hasta los últimos términos de la América el nombre de Jesus. Estos deben ser en el día los objetos de nuestras súplicas y votos. Heregias, errores, cismas, demonios, pestes, inundaciones, todo huye á la invocacion de María Señora de Guadalupe. Esto solo falta para llenar nuestros deseos y nuestra gloria.

Estos mismos son, madre amantísima, los que allá en el respetable solio del Vaticano, allá en el excelso solio español, ocupan los elevados espíritus de nuestro beatísimo padre Clemente y de nuestro católico Carlos: dilátese, Señora, hasta estos in-

felices pueblos tu benéfico apostolado para añadir esta grey al rebaño de la iglesia, y otro nuevo laurel á los verdes que ciñen las sienes de nuestro soberano. Esos tus hermosos ojos llenos de magestad, esa dulce risa templada con el mayor decoro, ese ademan airoso al par que humilde y magnífico, ese semblante derramando gracias es para todos dichoso anuncio de felicidades. Pusiste aquí tu corazón en eterno depósito, están aquí tus bellísimos ojos abiertos para difundir en cada mirada un beneficio. Pónlos benignos en nuestro Excelentísimo Príncipe, y en este real justo senado; pónlos en nuestro ilustre prelado, añadiendo á la amabilidad y dulzura que hacen justamente su caracter, el acierto y felicidad en su gobierno; pónlos en estos gravísimos tribunales, en la muy noble y leal ciudad tuya, en la piadosa ilustre real colegiata dedicada á tu culto; pónlos en todas las naciones, en todo el pueblo megicano, que si tú nos miras afable ¿qué mayor dicha, qué mas segura prenda de la gloria?